

## Un clerc universal y cándido

De la figura y de la obra de Viera y Clavijo nos quedan unas cuantas notas que lanzar al viento, en la coyuntura de este su segundo centenario.

1.—**El hombre.**—Don José de Viera y Clavijo fué ante todo un **clerc**. **Clerc** significa tanto como hombre de cultura frente a **juglar**, hombre de instinto. Aquí la palabra cultura prende y arde en el siguiente sentido: he aquí esta tierra y en esta tierra sus elementos naturales: montes, valles, ríos, flora, fauna. Y todos estos elementos quietos e inmóviles. Todos definidos en su ser. Elementos que no se transforman que no cambian. (Eficazmente contra su aparential y engañadora movilidad utilizamos los argumentos de Zenón de Elea.)

De pronto en medio de este círculo de cosas inmóviles aparece el hombre. Y el hombre comienza a arrancar significados, a dar finalidad y sentido a todas las cosas. He aquí ahora el movimiento. He aquí el cambio verdadero y la transformación verdadera. Entre las manos del hombre el mundo circundante adquiere una movilidad maravillosa. El hombre valora y hace la perspectiva del mundo.

Todo lo que no cambia, todo lo que es de una vez para siempre, este monte, este árbol, este río constituye lo que se llama Naturaleza. Y por el contrario todas esas distintas encarnaciones de las cosas, todos esos diversos sentidos, son el perfecto contenido de la Cultura.

Para precisar aún más podríamos decir, que si al mundo de la Naturaleza se le pudiera dar el nombre de **geografía**, al mundo de la cultura le corresponde en justicia el nombre de **historia**. Así pues, historiador en este sentido fué don José de Viera y Clavijo.

2.—**La vida.**—Don José de Viera y Clavijo fué en su actuar vital lo que hoy tiene un hondo sentido ético: **servidor**.

Servidor no ya en el sentido vulgar de preceptor de nobles sino en un sentido más profundo y universal.

Servidor de su época y siglo, Viera, se acomoda a su más íntimo sentir. Siglo de universalidad y de Aufklärung. Siglo de Enciclopedia.

En Viera el afán de universalidad le empuja a conocer todas las ciencias naturales en la época. Ciencias naturales, ciencias químicas, primeros deliciosos experimentos. Como su siglo fué enciclopedista. Y aquí de nuevo y nunca de manera tan clara se nos revela el carácter de clere de Viera. Ya que la Enciclopedia no fué otra cosa como decía D' Alembert en el Discurso preliminar, que **un diccionario razonado de las ciencias y de las artes**. Es decir en nuestro sentido: **Historia**.

Servidor de su patria, Viera tiene un rasgo y un recuerdo conmovedor. Cuando traduce las obras clásicas de Francia, pone como subtítulo **Traducida para España por don José de Viera y Clavijo**. Así traducida **para España**. En este traducir hay un emocionante sentido de nacionalidad y un desmedido afán de servir. De servir a su patria tan necesitada de servidores como huérfana en este siglo de personalidad y de genio.

Servidor de su región y de su isla. Cuando Viera viaja por el extranjero aprende en él métodos nuevos de investigaciones y de estudio. Estos métodos los aplica íntegros en transformar la inmovilidad de las cosas canarias en la vibración y estremecimiento de sus historias. Historia de Canarias, Diccionario de Historia Natural, exámenes de aguas medicinales, y luego su afán divulgador en sus manuales y opúsculos, de medicina, de astronomía, de agricultura. En todo esto Viera con un maravilloso carácter de servidor entrega íntegramente a su pueblo todo su saber enciclopédico y toda su científica labor.

Pero hay aún más. Y este más, es ya un balucir recóndito de su amor a la tierra. Aquí ya Viera se siente pueblo, familia, hogar. Hay en este más, una simple y franciscana emoción del mundo. Un amor por los objetos humildes de uso cotidiano. Así todas aquellas sus recetas ingénuas, de pura economía doméstica. Para arreglar sombreros viejos, para aprovechar el oro de las molduras, etc. Recetas donde vive secretamente un sentido de proximidad hacia lo pobre y humilde y un deseo de servir. De hacer de nuevo **servir** todas estas cosas maltrechas. Y de cordialidad por la vida pequeña, él, habitador de cortes y admirador de lujos cortesanos. Más intensa esta proximidad tal vez en aquel su retiro de Las Palmas cuando la soledad y el abandono herían soslayadamente su espíritu, amigo de la conversación cordial y fina y de la amistad limpia de recelos.

3.—**La obra.**—La obra de Viera, toda la obra de Viera tiene el sello y la huella del siglo en que vivió. El siglo fué ante todo un siglo narcicista. Narcicista en aquel premioso cuidado de la persona en aquella su afectada elegancia, en aquel gozarse en las propias maneras y gustos. Así como tipo, la máxima figura del siglo: Goethe.

Y este siglo XVIII comedido y mesurado situado entre el XVII con aquel su desprecio hacia toda forma y fórmula. Caracterizado en el Norte por la llamada **vida interior**. Y en el Sur por la obediencia ciega de la Contrareforma. Y de otro lado el XIX tan poco grato en sus exteriores maneras. Y donde el desprecio máximo por la forma lo alcanza en la **bohemia**. Siglo un poco tuberculoso, un poco pesimista, un poco romántico.

Viera como todo el XVIII fué también un gozador de su personalidad y de su obra. Aquella curiosa manera de hacer de todo y escribir multiplicadamente sobre todo fué una manera de retratarse y de fijar su rostro en las aguas móviles del saber. Su **Gaceta de Daute** sus seudónimos, costumbre ingeniosa de la época era un modo de verse como en disfraz. Bajo otro nombre una manera de gozarse mejor. Sentirse un poco lejano a sí mismo para encontrar la necesaria perspectiva de admiración. Algo así como cuando Goethe se disfraza para visitar la familia del Pastor de Drusenheim, durante su estancia en Estrasburgo como nos cuenta el mismo en sus **Memorias**.

Junto a este gozarse, está la primordial inclinación científica de la cultura. El hombre de ciencia es en esta época un magnífico escritor. Como Lavoisier, como Buffon.

El enciclopedismo gravita en torno a la naturaleza y las ciencias experimentales. Como el otro gran movimiento, humanismo, gravita en torno a las ciencias filosóficas y críticas. A los comentarios sagaces.

Unidos estos dos dispares movimientos por una cosa común: la elegancia. En uno la elegancia interior y personalidad. En el otro elegancia un poco formal. Y artificiosa. Como una pastoral de Watteau.

Pero la obra de Viera en su latitudinarismo hace perder en profundidad su encanto máximo. No llegó a realizar plenamente su personalidad. No pudo incorporarse a su siglo, ni a su patria, en un haber recio y fuerte. Quedó, nos quedó, a nosotros isleños. Regional sin quererlo. Y se quedó con nosotros en lo más externo, es decir en aquello que prendió en las cosas inmóviles y silenciosas. En su calidad de historiador.

Viera nos es así un conocido. Un paisano. Al dar la vuelta de regreso del XVIII europeo y español, nos tropezamos aquí en la isla la figura amiga de Viera. Y nos parece entonces como si Viera no hubiera salido de las islas. Como si no hubiera vivido en contacto con los sabios de la época y fuese como un hombre humilde que viviese el movimiento científico del siglo a través de las revistas. Con un poco de entusiasmo y otro poco de soledad.

Y nosotros de regreso de nuestro viaje por el XVIII es como si al tropezarnos con su obra nos encontrásemos también con su figura y nos diera ganas de acercarnos a él para informarle de los últimos acontecimientos científicos de Europa, en el siglo. Y después ya a modo de despedida saludarle jubilosamente como el único **clerc** canario del siglo XVIII universal y cándido.